

señalado en el mar Báltico, logrando ponerse al amparo de buques ingleses, que las desembarcaron en España (1), excitando su llegada el entusiasmo popular (2). Lefebvre empezó por rechazar á Blake en Durango (9 de Noviembre); Napoleón atravesó el desfiladero de Pancorbo y derrotó al ejército de Extremadura, que perdió á Burgos (10 de Noviembre). Lefebvre, continuando la serie de sus triunfos, batió todavía al ejército de Galicia en Espinosa y lo rechazó hacia el ejército de Sault, que cogiéndole por el flanco le ocasionó un completo desastre en Reinosa (11 de Noviembre). Al propio tiempo, Lannes derrotó en Tudela á las tropas de Castaños y Palafox (23 de Noviembre). Todavía trataron los españoles de defender el camino de Madrid, en el desfiladero de Somosierra (29 de Noviembre), pero fué en vano, pues Napoleón llegó á las puertas de Madrid en 1.º de Diciembre de 1808. En esta acción, los lanceros polacos dieron una carga célebre contra la infantería y artillería españolas, muriendo gran número de ellos. Filiberto de Segur quedó gravemente herido; al restablecerse de sus heridas, fué encargado de entregar solemnemente al Cuerpo legislativo las banderas cogidas al enemigo, y en la fachada del palacio que ocupaba se esculpió un bajorrelieve representando este acto, que fué destruído á fines de la Restauración. Madrid estaba en plena insurrección; el pueblo había desempedrado las calles, levantando barricadas, y las campanas tañían sin cesar. Napoleón se apoderó de las alturas del Retiro y amenazó á las autoridades con un bombardeo; á los dos días consintieron en firmar la capitulación (4 de Diciembre). El Emperador concedió una amnistía general (3); por medio de decretos abolió la Inquisición, los derechos feudales y las aduanas provincia-

(1) Mérimée compuso una obra dramática cuyo argumento es la evasión del marqués de la Romana.

(2) Solamente nueve mil, de los catorce mil que constituían la división del marqués de la Romana, pudieron salir de Dinamarca. Los cinco mil restantes, denunciados por un traidor, fueron desarmados y quedaron prisioneros de los Franceses. Hay detalles en este famoso hecho, como el juramento á las banderas de la patria, que pueden figurar al lado de los más famosos de la historia.—(N. del T.)

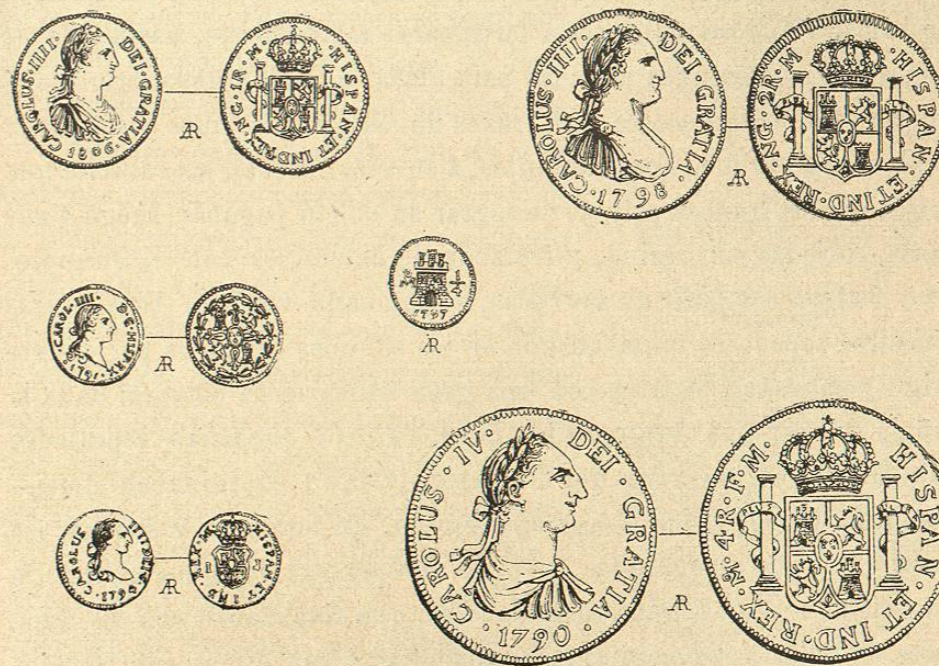
(3) Esta amnistía no se cumplió, pues por decreto del propio día (4 de Diciembre), después de destituir á los individuos del Consejo de Castilla, se dispuso que los presidentes y fiscales del Rey fueran arrestados y detenidos como rehenes; los demás consejeros quedaron detenidos en sus domicilios, so pena de ser perseguidos y tratados como traidores.—(N. del T.)

les; suprimió las dos terceras partes de los conventos, asegurando el sostenimiento del clero, y dispuso que las indemnizaciones las fijarían los franceses á medida que fuesen ocupando las provincias. Tales medidas, excelentes para muchos, no eran menos aborrecibles para la parte poco ilustrada, pero más numerosa, de la nación. No tuvieron mucho mejor éxito que las victorias militares para calmar la insurrección.

El segundo sitio de Zaragoza comenzó bajo el mando de Moncey y continuó bajo la dirección de Junot y después de Lannes. Palafox y sus 22.000 soldados estaban decididos á oponer una resistencia desesperada: cincuenta mil paisanos de las cercanías se habían refugiado en la ciudad, dispuestos á mostrar un valor y un desprecio de la vida casi sin ejemplo en la historia, pero preciso es reconocer que les era fácil resignarse á la ruina de Zaragoza, en la que las más sangrientas escenas se sucedieron, siendo víctimas de las sospechas de estos fanáticos algunos jefes militares de patriotismo y valor acreditados. A pesar de los esfuerzos de Palafox, la Junta que estaba al frente de la ciudad dominaba por el terror, sin que bastasen á salvar á los sospechosos ni la edad ni la categoría. «Una hora bastaba para la acusación, el juicio y el suplicio, y todas las mañanas las horcas, alineadas en el Coso, ostentaban nuevas víctimas.» No bastaba el fuego enemigo ni estas violencias interiores para ponerles á prueba, y pronto el hambre se dejó sentir, y el aire, viciado por la multitud de cadáveres insepultos, hizo muy fácil presa en los débiles defensores, y produjo una epidemia que ocasionó más víctimas que la misma guerra. En cuarenta días cayeron sobre la ciudad más de 40.000 bombas, pero no por esto decayó el ánimo de los sitiados. Las mujeres (1) y los religiosos iban á buscar á los heridos en medio de las balas, confundiendo con los combatientes; un fraile se vanagloriaba de haber degollado en una acción á diez y siete franceses. Entre los más sanguinarios y valientes figuraba el carmelita Santiago Sas, que

(1) Las mujeres tomaron parte muy activa en la heroica defensa de Zaragoza, ya socorriendo á los heridos, llevándoles toda clase de auxilios, ya personalmente defendiendo algunos puntos de peligro. La condesa de Bureta, prima de Palafox, compartió con Casta Alvarez, y particularmente con Agustina Zaragoza, las glorias del primer sitio. En el segundo se distinguió Manuela Sancho.—(N. del T.)

ya en el primer sitio «se había mostrado tan valiente caudillo como fogoso predicador.» Nuevamente armado con un sable, con los brazos arremangados, descubierta la cabeza y pisando la sangre con sus pies descalzos, decía al pueblo: «Imitadme y no quedará uno.» Doña Burida (1), dama de tan nobles sentimientos como de viril heroísmo, llevaba por todas partes auxilios á los desgraciados y organizaba al propio tiempo compañías de mujeres para acudir al combate:



Monedas españolas del reinado de Carlos IV

mandaba una de estas compañías Agustina Sarcella, «la doncella de Zaragoza» (2). Los soldados franceses, que no habían visto nunca una guerra parecida, se preguntaban con tristeza cuándo acabarían con aquella maldita, aquella infernal Zaragoza. El 27 de Enero, tras un mortífero asalto, penetraron por fin en la ciudad.

Pero entonces comenzó una nueva pelea, más terrible aún que la primera: cada convento, cada casa ofrecía la misma resistencia que una ciudadela y exigía un sitio en toda regla. Muchas veces un piso

(1) Debe ser la Condesa de Bureta.—(N. del T.)

(2) Será Agustina Zaragoza, «la heroína de Zaragoza.»—(N. del T.)

quedaba en poder de los franceses mientras que el inmediato estaba todavía en poder de los españoles, y entonces se fusilaban mutuamente á través de las tablas del techo. Se disputaba palmo á palmo desde la bodega hasta el granero. Únicamente podía decirse que eran dueños los franceses de una casa cuando á bayonetazos habían sido muertos todos sus defensores ó arrojados por las ventanas.

Apenas vencedores, desde la casa inmediata caían sobre los invasores, por agujeros hechos *ad hoc*, granadas, bombas y un granizo de balas, viéndose obligados á fortificarse rápidamente, hasta que se tomaban las oportunas medidas para atacar aquella nueva fortaleza, á la que sólo podían acercarse á través de las paredes, pues pasar por la calle era imposible. Los habitantes, á su vez, sitiaban los edificios que ocupaban los franceses, y al no lograr su objeto pegaban fuego á sus casas, rociadas con resina, y trataban de detenerles con el incendio. «No bastaba combatir en las casas, se combatía también bajo tierra. Nuestros zapadores minaban uno de los edificios ocupados por el enemigo y cargaban la mina con una gran cantidad de pólvora: dada la señal, volaban los desgraciados por los aires ó quedaban sepultados bajo las ruinas, mientras que los supervivientes continuaban defendiéndose. La explosión obligó al enemigo, sin embargo, á evacuar las casas que creía amenazadas, y en las que penetraron inmediatamente los sitiadores. Los ingenieros españoles, que rivalizaban con los franceses en valor y conocimientos, respondían á sus minas con trabajos parecidos»; en esta extraña lucha se espiaban, se sacaba partido de los menores ruidos y se orientaban por medio de la brújula. Frecuentemente, sitiadores y sitiados desembocaban á la par en el mismo caño (1), y en medio de las tinieblas, que sus lámparas no bastaban á disipar, se lanzaban unos á otros con sus herramientas, cuchillos y sables, sin darse tiempo á coger otras armas. Los golpes que se dirigían, furiosamente, rompían ó derribaban en su rededor las enormes

(1) En Zaragoza se llaman *caños* unas grutas subterráneas que sirven para conservar el aceite y otros productos de la cosecha, y para depositar en grandes tinajas el agua, que á causa de no ser depurada hasta hace pocos años por filtros ni balsas depuradoras, llegaba á las fuentes sumamente turbia. En las casas modernas van desapareciendo estas excavaciones, que por otra parte imposibilitan grandemente la construcción de una red de cloacas; tan indispensable en las grandes poblaciones.—(N. del T.)

tinajas de que los aragoneses se sirven para conservar el vino y el aceite. Los que caían heridos por el pico ó por el azadón espiraban en aquella gruta sumergidos en oleadas de vino, de aceite y de sangre.

«¡Qué de espantosas escenas y terribles espectáculos se presentaron, particularmente en los combates que se verificaban en los conventos! Las vidrieras, rotas en parte, lanzaban sobre los combatientes, y la humareda que les envolvía, luces extrañas y fantásticas, rodeando estos grupos trágicos de una especie de nimbo. Otras veces se combatía en medio de ataúdes, los cuales, al romperse, dejaban escapar en su seno miembros y huesos deshechos. De uno de estos antiguos sarcófagos veíase salir el busto de un obispo, amortajado con sus vestiduras pontificales. Con sus brazos óseos y secos, dirigidos hacia nosotros, —dice Lejeune, — sus negras y vacías órbitas y su espantosa boca, se nos aparecía como un fantasma, semejante á la sombra de Samuel, gritándonos entre el fragor del combate: «¡Saúl, Saúl! ¿por qué vienes á turbar el reposo de mi tumba?» En el convento de las Hijas de Jerusalén encontramos gran número de rosarios, disciplinas con bolas de hierro y puntas aceradas, y también vestidos, todavía sin concluir, para los pobres. Al acercarnos, —dice el mismo Lejeune, — aquellas santas mujeres, cediendo sólo al sentimiento de la piedad, llevaban en sus manos crucifijos é imágenes del Niño Jesús. En esta ocasión, al tratar nuestros soldados de salvar la vida á una religiosa expuesta á las balas de los sitiados, así como á las nuestras, oyeron que les daba las gracias en francés: esta religiosa era hermana del célebre actor Grandménil.»

Tras la voladura y toma por asalto del convento de San Francisco, los jardines y sitios próximos presentaban un horrible aspecto por la multitud de restos humanos de que estaban sembrados. No podía darse un paso sin tropezar con miembros destrozados y palpitantes:



Moneda española del reinado de Carlos IV